

EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1^o SEMESTRE.) LIMA, MARTES 14 DE JULIO DE 1840. (NUMERO 47.)

ELECCION

DEL

Presidente de la Republica

EN LA

PERSONA DEL CIUDADANO

AGUSTIN GAMARRA,

GRAN MARISCAL DE LOS EJERCITOS NACIONALES,

Benemerito a la Patria

EN GRADO EMINENTE.

Hic ERAT IN VOTIS.

HORAT.

Si nos hubiese sido dado tener un asiento en uno de los Colejios electorales de Provincia, para contribuir con nuestro voto particular al nombramiento del primer magistrado de la Nacion, de su brazo derecho, del custodio de sus leyes, del apoyo de su Carta y su religion, y de su agente principal en el mundo político; en una palabra, del Presidente de la República; y esto en una época, en que fuese la paz la mas grande necesidad del Estado, y sin embargo no se temiese sin razon que los enemigos de su prosperidad pudiesen desear y promover la guerra ya en el interior ya en el exterior: en que el tesoro se hallase agotado, y el crédito público destruido casi del todo: en que una inmensa parte del pueblo, formada casi enteramente de los que tienen una fortuna, una industria o un talento, estuviese en choque con una pequeña parte de él ociosa, estraviada y fujitiva; y sus masas casi todas indispuestas, con alguna razon, con los extranjeros amigos que vienen a visitarnos y a tomar parte en nuestros trabajos y nuestra suerte: y por consiguiente, en una época en que la dicha de la Patria no pudiese resultar sino de una mezcla juiciosa en el que mandara, de la fuerza y la templanza, y de la garantia que fuese capaz de dar asi de una larga duracion del orden establecido; de su caracter desinteresado; del conocimiento que tubiese de los hombres sábios y útiles de toda clase, y su interes en emplearlos; y por ultimo, de sus principios estensamente liberales, y la superioridad de su ánimo a toda preocupacion; en este

caso, nuestros empeños se hubieran dirigido a buscar entre todos al individuo que reuniese en si las calidades que siguen:

Hubieramos deseado que sin ser tan joven que pudiese dejarse arrebatado por un deseo demasiado vivo de la gloria que procuran las armas, no diese tampoco fundamento bastante, por el menoscabo de sus fuerzas o la disminucion de su coraje, para que se le pudiese creer incapaz de añadir nuevos laureles a los que le hubiesen honrado hasta ahora en su carrera militar:

Que ocupando en la milicia el grado mas alto, lo hubiese debido exclusivamente a si solo, al fuer de su pais, y a su fortuna:

Que hubiese tenido mucha parte en las glorias de la INDEPENDENCIA:

Que no conociese el orgullo sino en los enemigos que hubiese vencido, y en los rivales a quienes le hubiese preferido el voto de la Nacion:

Que fuese capaz de inclinar su razon individual delante de la razon de muchos, y sacrificar el propio interes al interes del pueblo:

Que su alma fuese inaccesible a los alhagos de la codicia:

Que hubiese estudiado a fondo la naturaleza de su pais y el caracter de sus contemporáneos:

Que hubiese experimentado los males que acompañan el destierro, y se hallase inclinado a repetir con la desgraciada reina de Cartago:

Non ignara mali miseris succurrere disco:

En fin, que hubiese dado grandes pruebas de valor político, y al mismo tiempo de aquella consumada prudencia tan necesaria para apresurarse con lentitud, * e imitar asi al capitan de la antigua Roma que salvó la República temporizando. **

* *Festina lente.*

** *FABIO. Cunctando restituit rem.*

Estos hubieran sido nuestros deseos, y a ellos hubieramos arreglado nuestro voto. ¡Gracias al buen sentido; honor al acierto de la Nacion! Dos mil quinientas cincuenta voces, entre tres mil y treinta y nueve, que formaban el total de los Electores en todas las provincias, acaban de proclamar PRESIDENTE DE LA REPUBLICA al CIUDADANO AGUSTIN GARRA, GRAN MARISCAL DE LOS EJERCITOS NACIONALES, BENEMERITO A LA PATRIA EN GRADO EMINENTE. ¡Qué eleccion hubiera podido concebirse mas oportuna! Y al mismo tiempo, ¡que mayoria tan decisiva! ¡Qué concurso tan completo! ¡Qué garantia tan inatacable del beneplácito de los pueblos, y de la legalidad de sus actos! Consideramos a este ejemplo como a uno de los mas bellos ensayos de la soberania popular en Sud-America.

Con este ultimo acto; despues de la batalla de Yungay, y la paz con Bolivia; se ha terminado el sublime drama de la RESTAURACION. Un nuevo orden de cosas empezará desde ahora a desarrollarse. El discurso pronunciado por S. E. despues del juramento de costumbre, con el acento del corazon y de la verdad, nos autoriza a esperarlo. Con la paz, todos los bienes de la paz: con la seguridad y la concordia, un abrazo fraternal a todos nuestros hermanos: con la union de todos, el aumento de nuestra fuerza y de nuestra respetabilidad: con el aumento de nuestro poder y de nuestro crédito, el de nuestra industria, y de nuestra riqueza; y con una posicion favorable para ejecutar grandes cosas, la ventaja de poder ser de los primeros, y de los que influian mas en la formacion de la GRAN NACION SUD-AMERICANA. He aqui el porvenir que se nos despliega por delante; he aqui las esperanzas que nos dan derecho de concebir la paz con las naciones vecinas, y la concordia entre nosotros mismos.

Si, CIUDADANO PRESIDENTE: lo por venir del PERU no es una vana quimera; está principalmente en vuestras manos. La ocasion es fugaz: ¡ay de aquel que la deja escapar! Hemos hecho punto en todos los desvarios; podemos empezar a ser grandes. Sostened la nacionalidad; defended la Constitucion; apoyad las leyes; protejed el mérito y la virtud; animad la agricultura, las artes y el comercio; en una palabra, segundad todos los impulsos de vuestra alma que nos habeis descubierto en las palabras que habeis pro-

nunciado: los pueblos os ayudarán en vuestras tareas; vuestros conciudadanos las pagarán con amor; y la posteridad admirará el écsito feliz de vuestros cuidados. Demasiado ha padecido el Perú: demasiados tropiezos han encontrado los destinos que lo conducen a la gloria y a la grandeza. Es tiempo ya de arreglarnos a la ley jeneral de todos los pueblos: de admitir el orden: de ser sabios y justos: y comenzar asi a estar seguros; a hacernos estimables, y a contar entre los pueblos mas ricos y mas felices del universo. ¡Qué grande no seria la pérdida que hubieramos hecho, si todo esto no fuese mas que el ensueño de un hombre de bien!

RAMILLETE

POETICO.

APOSTROFE A LA LIBERTAD.

O lauro inmarcesible, o glorioso
Hado de nacion libre, quien te alcanza,
Llamarse con verdad puede dichoso.
Libertad, libertad; tú la esperanza
Eres de cuanto espíritu brioso
El despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas,
A vida nueva al punto resucitas.
El pueblo de Minerva, el de Quirino,
Si la historia pregoná sus loores,
Y si con esplendor lucen divino,
Del tiempo y del olvido vencedores,
A la Libertad deben su destino.
La Libertad regó las bellas flores
Que la sien de Fabricio y Decio ornaron,
Y a Focion y a Arístides coronaron.
A Jefferson y a Washington inflamas
En tu sagrado amor, y otro hemisferio
Consume luego entre voraces llamas
Los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la Nacion derramas,
Y de las leyes fundas el imperio,
Siempre absoluto, porque siempre justo,
Que la igualdad social mantiene augusto.

MARCHENA

ODA.

A Tirsis, persuadiendole a no esponer sù nave a la
braveza del mar airado.

¡Tirsis ah Tirsis! vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y fràjil
A la seguridad del puerto; mira
Que se te cierra el Cielo.
El frio Boreas, y el ardiente Noto,
Apoderados de la mar insana,
Anegaron agora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la jente mísera, y el Cielo
Escondió los clamores y jemitos
Entre los rayos, y espantosos truenos
De su turbada cara.

¡Ay; que me dice tu animoso pecho
Que tus atrevimientos mal rejidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu Oriente!

¡No ves, cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?

¡No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encelado, y Tifeo?

Conoce desdichado tu fortuna,
Y preven a tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.

¡Ay que te pierdes! vuelves, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navio,
Hecho prision y cueva sonora
De los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal rejidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa, que el airado Cielo
Menos se encruelece de continuo
Con quien se anima menos,

FRANCISCO DE LA TORRE.

ODA.

Dichoso el que apartado
De negocios, imita
A la primera jente de la tierra:
Y en el campo heredado
De su padre ejercita
Sus bueyes y la usura no le afierra:
No le despierta la espantosa guerra,
Ni el mar con son horrendo le amenaza.
Huye la curial plaza,
Y las soberbias puertas de los vanos
Ricos, y poderosos ciudadanos.
Mas las vides crecidas
Con olmos acomoda:
O en el remoto valle huelga, viendo
Sus vacas esparcidas.
El ramo inutil poda,
Mejor en su lugar otro injiriendo,
Y la miel en vasijas esprimiendo.
Sus ovejas trasquila; y cuando empieza
A mostrar su cabeza
Coronada el otoño, coje ufano
La pera enjerta de su propia mano.
O el maduro racimo,
Que competir parece
Como la púrpura misma, juntamente,
Como despojo ópimo,
A ti Priapo ofrece,
O a Silvano en los campos presidente.
Y mientras su cuidado le consiente
Bajo la antigua encina hacer su cama
De tenaz verde grama,
Al sueño le convidan los suaves
Murmurios de las aguas y las aves.
O cuando nos fatiga
En el hibierno helado
Júpiter con las lluvias ¡y con nieve,
Con sus perros obliga

Al Jabali acosado,
A que sus redes y asechanzas pruebe,
Y que su mismo engaño al tordo cebe,
Que la cobarde liebre en lazos muera,
O la grulla extranjera.

¡Quien con esto no olvida los cuidados
Que son del fiero amor solicitados?

Pues si alivia el cuidado
De los hijos y casa
(Cual las Sabinas) la mujer honesta,
¡O cual la del cansado
Pullès, que al sol se abrasa;
Y antes que venga su marido, presta,
[La seca leña al sacro fuego puesta,
Las mansas ovejuelas ordeñadas,
Y eu setos encerradas]

Viandas no compradas apareja,
Sacando el vino de la pipa añeja!

No las ostras lucrinas,
El rombo, ni otros peces,
De los que con los hielos nos envian
Las borrascas marinas
Del Carpacio a las veces;

O las aves, que en Africa se crian,
A mi vientre mejor descenderian,
Que de los ramos fértils algunas
Maduras aceitunas,
Que la malva, o de lápato la yerba,
Que al cuerpo da salud y lo conserva.

O la muerta cordera
En las fiestas sagradas,
O el cabrito, que el lobo vio en sus dientes;
Y ver desta manera

A casa repastadas
Volver las ovejuelas diligentes,
O los cansados bueyes con las frentes
Bajas traer la esteva del arado:
Y el hogar rodeado
De esclavos, que al enjambre se parecen,
En que las casas ricas resplandecen.

Mientras Alfio usurero
Estas cosas relata,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y de ser labrador rústico trata:
Mas luego a las kalendas
Lo vuelve a dar a usura sobre prendas.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

LA ESPERANZA.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escondesele el día,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina,

Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida;
Y tiene de su afán por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y lijeras.

Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El hibierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedò en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Florida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar a los cuidados?

Amor en diferentes
Jéneros dividido
El publica su fin, y a quien le admite
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Nieguelo, o disimulelo) permite:
Limite, pues, limite
La avara resistencia,
Que dada la ocasion, todo es licencia.

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al Mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo a todo el que lo advierte
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
Mas compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento;
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decía entre sí de esta manera:
Esta leche vendida
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos que al Estio
Me rodeen cantando el *pio, pio*.

Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino,
Con Bellota, Salvado,

Berza, Castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastre la barriga.

Llevarèlo al Mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta Vaca, y un Ternero
Que salté, y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano a la cabaña.

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que a su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Que compasion! a Dios leche, dinero,
Huevos, Pollos, Lechon, Vaca, y Ternero.

¡O loca fantasia!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
No sea que saltando de contento,
Al contempiar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor o mas pròspera fortuna,
Que viviras ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

SAMANIEGO.

EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un Raton cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Raton Campesino.
Diole gordo tocino,
Queso fresco de Holanda:
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratopolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar a *Roepan primero*.
Sus sentidos allí se recreaban;
Las paredes y techos adornaban;
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, pernils, y cecinas.
Saltaban de placer, ¡o que embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisonjera
Llega la Despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto a diente.
¡Eso tenemos! dijo el Campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse a su campaña en el instante,
Y estimò mucho mas de allí adelante,
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
Su casita de tierra, y sus legumbres.

SAMANIEGO.